

El itinerario espiritual en los procesos de iniciación cristiana

Juan Carlos Carvajal Blanco
Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid

El presente artículo se enmarca dentro de la llamada teología catequética. Por esta razón, tiene en consideración la actual actividad catequético-iniciática de nuestras comunidades cristianas; se desarrolla sobre la reflexión y magisterio catequético de los últimos años y pretende ofrecer algunas orientaciones que vengan a impulsar los futuros procesos de iniciación cristiana. No obstante, del presente trabajo no se puede esperar el desarrollo sistemático que acabamos de describir.

En efecto, respecto al análisis de la realidad, el autor solicita la complicidad del lector y apela a esa posible experiencia de frustración que, como catequista o acompañante de catequistas, siente ante los escasos frutos que hoy procuran los procesos iniciáticos de nuestras comunidades. Este artículo se va a centrar, más bien, en el segundo momento, el que se refiere a la reflexión y al magisterio catequético; pero atendiendo a un elemento que, en nuestra opinión, es sustantivo, a pesar de que está prácticamente ausente tanto de la reflexión como de la práctica catequética. Nos referimos a la acción del Espíritu en el proceso de iniciación cristiana y cómo el dinamismo espiritual, fruto de la gracia y la respuesta libre del hombre, es el que articula interior y esencialmente el proceso iniciático que siguen los nuevos creyentes en el seno de la Iglesia. Es evidente que este elemento está presente en el magisterio catequético; no obstante, muchas veces, se trae a colación a modo de inventario, de manera que ni articula la reflexión ni la misma práctica catequético-iniciática. Aquí radica la pobre contribución de este trabajo: recoger y articular las aportaciones que sobre este tema ha hecho el magisterio y extraer de las mismas las lógicas consecuencias que vengan a renovar y revitalizar desde la raíz unos procesos de iniciación cristiana que hoy por hoy no terminan de dar los frutos esperados.

A pesar de las líneas de acción que al final ofrecerá el presente artículo, la reflexión que aquí se desarrolla se enmarca en lo que habitualmente se entiende como catequética fundamental. El autor tiene la esperanza de que su pobre contribución —que, como se ha dicho, tiene mucho de inventario y de subrayado— pueda abrir un nuevo campo de reflexión que oriente los



diversos niveles de la teología catequética. En este sentido, es evidente que si se presta una verdadera atención al protagonismo cierto del Espíritu en la acción evangelizadora de la Iglesia, los procesos iniciáticos, tal y como se realizan hoy, necesitaran de renovación y las mismas comunidades cristianas deberán concebir de otro modo su contribución a los mismos.

Nuestro trabajo se va a dividir en cuatro apartados. En el primero nos limitaremos a levantar acta de cómo la Iglesia concibe la iniciación cristiana como un don de Dios, en el que el Espíritu Santo tiene un protagonismo particular. Esta afirmación fundamental nos ofrece la base sobre la cual, en el segundo apartado, poner en evidencia el carácter estructural que tiene el itinerario espiritual de los catequizandos —fruto de la acción de la gracia y de su respuesta libre— en el proceso global de la iniciación cristiana. A partir de aquí, en el tercer apartado, estudiaremos cómo el proceso de iniciación cristiana es justamente el servicio que, bajo el poder del Espíritu, la Iglesia presta a la acción secreta del mismo Espíritu para que los nuevos creyentes se injerten e identifiquen con Cristo. Nuestro estudio terminará con un apartado conclusivo en el que extraeremos las consecuencias pastorales de nuestra exposición.

1. La iniciación cristiana: don de Dios

«La iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la Madre Iglesia. Solo Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; solo Él puede comunicar la vida eterna e insertar al hombre, como sarmiento, a la Vid verdadera, para que el hombre, unido a Él, realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia»¹.

Nadie dudará de la verdad que ponen en evidencia estas palabras del episcopado español: «La iniciación cristiana es un don de Dios». Sin embargo, en la praxis pastoral todo discurre como si la iniciación cristiana fuera el fruto de una mera actividad eclesial —equiparable a cualquier proceso de socialización—, o un acto de decisión y aprendizaje de los propios sujetos que se inician y que recaería fundamentalmente sobre sus disposiciones y capacidades. El carácter gratuito, por teologal, de la iniciación cristiana no puede ser nunca tomado a modo de inventario. En realidad, los procesos iniciáticos lograrán sus frutos en la medida en que pongan en el centro la acción divina y todos los demás agentes, incluida la Iglesia, se consideren como meros servidores de una acción ciertamente misteriosa, pero real.

¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, LXX Asamblea plenaria, *La iniciación cristiana. Reflexiones y Orientaciones* (27.XI.1998) n. 9 (en adelante: IC).

Quizás, aquí radique el porqué de los escasos frutos que actualmente están cosechando nuestras Iglesias en su actividad iniciática. Una vez que la sociedad cristiana ha desaparecido y las plataformas tradicionales de transmisión de la fe han entrado en crisis, nunca como hoy las comunidades cristianas han hecho tanto esfuerzo y han puesto tantos medios para iniciar en el misterio cristiano. Y, sin embargo, cuanto más voluntad y energías se ponen, más desalentadores son los resultados. Este sentimiento generalizado de frustración parece estar llevando a la actividad catequético-iniciatoria a un callejón sin salida, en el que se multiplican las deserciones de responsables y catequistas y, poco a poco, en las comunidades, se va marginando una actividad que es fundamental para la transmisión del Evangelio y para la subsistencia de la misma Iglesia.

En efecto, para muchos el contexto cultural y religioso de la Europa occidental, marcado por un secularismo poscristiano, parece dificultar cuando no imposibilitar la transmisión de la fe. En cualquier caso, en las mayorías de las comunidades, con sus pastores al frente, cunde la opinión de que no hay relación entre los esfuerzos por iniciar en la vida cristiana y los frutos que se obtienen. Todo trabajo por transmitir la fe parece abocado al fracaso, como si hubiera una imposibilidad de raíz que escapara a las decisiones pastorales (edades, tiempos y lugares de iniciación...), cualificación de los agentes, cambios de metodologías, programación de contenidos...

Aquí, para no dar curso a la desesperanza, es preciso recordar aquellas palabras que Jesús dirigió a Pedro: «lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (Lc 18, 27). Así es, aunque la misión evangelizadora reclama de nosotros una entrega generosa, los frutos nunca están a nuestro alcance, Dios es el que los hace posibles, incluso allí donde a nosotros nos parecen imposibles. A partir de esta convicción el papa Francisco, citando a su antecesor el papa Benedicto XVI, formula una máxima que va a ser el faro que alumbre nuestro trabajo:

«Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser —con él y en él— evangelizadores». El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización².

² FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n. 112, cita de BENEDICTO XVI, *Meditación en la primera Congregación general de la XIII Asamblea general Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (8.X.2012), AAS 104 (2012) 897, (en adelante: EG)



1.1. La finalidad de la iniciación cristiana: la participación en el misterio de Cristo

*El ser humano es una auténtica paradoja*³. Creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26), todo hombre y mujer que viene al mundo está llamado a conocer y amar a su Creador y, de este modo, participar de su naturaleza divina (cf. GS, n. 12). Sin embargo, como pobre criatura que es, no está en sus manos alcanzar por sí mismo un fin que le es trascendente y le supera infinitamente. Dios le ha dado como gracia la vida, como gracia ha puesto en su corazón la vocación divina y también, como gracia, Dios quiere consumir esa vocación. La aceptación de su dependencia creatural respecto a Dios es la condición que debe consentir el hombre para abrirse a la acción divina y dejar que sea su Creador el que consume en él la obra que le permite alcanzar la plena felicidad.

Sin embargo, el ser humano que siente dentro de sí una vocación tan grande no se resigna a su ser creatural, quiere alcanzar por sí mismo, al margen de Dios y frente a él, el cumplimiento de su vocación (cf. GS, n. 13). Este es el pecado fundamental que está en la raíz de todos los pecados particulares: querer ser Dios sin Dios (cf. Gén 3, 4). Toda acción que emprende el hombre está atravesada —la mayoría de las veces de un modo tácito—, por la búsqueda de la plena felicidad, la cual más se le escapa cuanto más la desea y más trata de conquistarla. ¡Cuidado!, su deseo no es pecado; lo que es pecado y le conduce al fracaso es la pretensión de ser feliz por sí mismo, de alcanzar su plenitud por su propio esfuerzo. Su pecado radica en rehuir la gracia que Dios está dispuesto a otorgarle desde el primer instante en que le dio el ser y que por todos los medios y de un modo misterioso le hace llegar.

En efecto, Dios creó al hombre con vocación divina en atención al cumplimiento que por la encarnación de su Hijo, Jesús, daría a esa vocación. Solo en Jesucristo se desvela el misterio de la vocación divina del ser humano y solo en Él alcanza cumplimiento esa vocación (cf. GS, n. 22a). Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado. Él ha manifestado humanamente lo que el ser humano está llamado a ser en Dios. Él, con su entrega pascual, ha rescatado a los hombres del poder del pecado y de la muerte. Él les ha dado la gracia del Espíritu para que unidos a Él cumplan su vocación. El Espíritu de Dios está dado y su acción graciosa es conocida y activada por el anuncio del Evangelio. Los seres humanos deben acoger la gracia del

³ En varios lugares hemos tratado con amplitud lo que aquí sintetizamos, cf. *Lógica de la existencia y lógica de la fe. Su correspondencia en H. Bouillard*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2003, pp. 97-116; *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia*, PPC, Madrid 2012, pp. 12-21.

Espíritu, ella es la única que permite injertarse y configurarse con Cristo y poder llegar a ser hijos de su Padre, Dios.

En consecuencia, la comunión con Jesucristo es la condición para participar de la relación filial que solo él tiene con el Padre. Él es el único mediador para poder gozar de la vida trinitaria y alcanzar de este modo la plena felicidad. Y, justamente, para que la obra salvadora realizada en y por Cristo alcance a todos los hombres, la Iglesia ha recibido la encomienda de la evangelización: la de predicar el Evangelio a todos los pueblos y realizar mediante los sacramentos la salvación que anuncia (cf. Mt 28, 18-20). En este sentido, «“la iniciación cristiana, como dice los obispos españoles, es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia”, pues coincide plenamente el objeto de la iniciación cristiana, que es la inserción en Cristo por la fe y los sacramentos, con el objeto de la misión de la Iglesia»⁴.

A través del proceso de iniciación cristiana al creyente le sobreviene algo nuevo, una realidad que le transforma y le otorga una nueva identidad; algo que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tenerlo preparado para los que lo aman» (1 Cor 2, 9). Él sigue siendo una criatura, pero ya ahora, por la fe y los sacramentos, recibe de un modo anticipado el don divino para el cual había sido destinado desde su misma creación. El cristiano es ya una criatura liberada del pecado, que ha nacido de nuevo, que en Cristo ha sido regenerado como hijo adoptivo de Dios y coheredero suyo; que por el don del Espíritu participa de la naturaleza divina y ha sido incorporado en la Iglesia, familia de Dios (cf. CCE, nn. 1213; 1256)⁵.

2. El Espíritu actualiza el misterio de Cristo a lo largo del tiempo

Como decimos, el misterio del hombre ha sido desvelado en Cristo y en él se ha cumplido de una vez para siempre la salvación por el cual todo ser humano puede cumplir su vocación. A lo largo del tiempo, es el Espíritu Santo, que el Hijo glorificado en la carne envía desde el Padre, el que da testimonio de ese acontecimiento salvador (cf. Jn 15, 26); es él el que lo actualiza (cf. Jn 14, 26) y es él el que lo lleva a su consumación glorificando

⁴ M. DEL CAMPO GUILARTE, *La iniciación cristiana*, publicaciones de la Facultad de Teología “San Dámaso”, Madrid 2006, p. 8, cita de IC, n. 13.

⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, (en adelante: CCE) Esta «nueva creación» (2 Cor 5, 17) o «nuevo nacimiento en el Espíritu» (Hch 2, 38; Jn 3, 5) que opera el sacramento del Bautismo, «sacramento de la fe» (CCE, n. 1253), es una realidad transcendente que la Iglesia sirve, pero de la que no es dueña; que administra, pero que ella no la hace eficaz. En último extremo la obra es completamente del Espíritu Santo.



a Cristo, Jesús (cf. *Jn* 16, 14), es decir, comunicando a los hombres lo que le es propio a Jesús, como Hijo de Dios⁶.

El Espíritu Santo va realizando esta obra más allá de los límites históricos de la Iglesia. Como dice el Concilio, «de un modo conocido solo por Dios», su acción graciosa va asociando a todos los hombres y mujeres de buena voluntad al misterio salvífico realizado en la Pascua de Cristo, de modo que puedan cumplir su vocación divina (cf. GS, n. 22e). La salvación ha sido otorgada y ya es operativa en el transcurso de la historia, el Espíritu de Cristo realiza en cada hombre que se abre a su acción misteriosa la misma obra que Dios realizó en su Hijo, Jesús. Todo hombre está bajo el influjo de la gracia, su búsqueda de la felicidad, está ya alentada por la acción del Espíritu. Pero para que no se pierda el don, Dios ha querido que la acción de la gracia que actúa en el corazón de los hombres de un modo invisible se haga expresa y eficaz por el servicio evangelizador de la Iglesia. La Iglesia no es, nada más ni nada menos, que la servidora de la acción del Espíritu. Ella es la mediación que Dios se ha dado para visibilizar y activar por el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos, la acción secreta que su Espíritu lleva adelante.

Llegados a este punto, y a la espera de posteriores desarrollos, para evitar cualquier equivoco, conviene hacer varios subrayados:

- En primer lugar, es necesario considerar que, de algún modo, la acción del Espíritu siempre es antecedente. Si el Espíritu Santo no sembrara «las semillas de la Palabra» y no fuera moviendo los corazones, la acción evangelizadora de la Iglesia no encontraría en sus interlocutores la disposición necesaria para acoger su anuncio del Evangelio. Según esto, la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene una parte de «manifestación», es decir, de sacar a la luz la acción secreta del Espíritu y de declarar a cualquier hombre de buena voluntad la respuesta que, a oscuras, él mismo está tratando de dar a esa acción.

6 Cf. L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción*, Monte Carmelo, Burgos 2013. En especial pp. 13-99. Los argumentos este autor tienen un especial interés para nuestro tema, de hecho ofrecen las bases cristológicas y pneumatológicas de nuestro planteamiento. El Hijo de Dios connatural con el Espíritu Santo, en cuanto encarnado recibió de un modo progresivo el Espíritu en orden a la misión que el Padre le había encomendado. En este proceso de unción de la humanidad del Hijo, de algún modo, el propio Espíritu se pudo hacer don para el resto de los hombres con los que el Hijo se había hermanado. Cuando Cristo resucitado, desde la gloria del Padre, envía su Espíritu, lo envía desde su humanidad gloriosa y, por tanto, en aras de hacer participe al resto de los hombres, en cuanto tales, de su gloria de Hijo de Dios. También para esta fundamentación teológica cf. TH. LABARRIÈRE, *La catéchèse sous l'action de l'Esprit Saint, à l'école de Marie. Recherche théologique sur le renouveau de la catéchèse, à l'écoute des enseignements du papa Jean Paul I*, Publicaciones Facultad de San Dámaso, Madrid 2007, pp. 321-569.

- Pero, y este es el segundo subrayado, la acción evangelizadora no se limita a ser expresión de lo que está dado. La Iglesia, instrumento del propio Espíritu, ha sido enriquecida por unos medios que hacen eficaz su intervención. La Palabra de Dios, los Sacramentos, el servicio apostólico, el testimonio de los santos, la vida fraterna..., cada uno en su justa medida, son medios que la Iglesia pone a disposición de la acción del Espíritu para que sea el propio Espíritu el que haga fructificar su acción secreta. La intervención de la Iglesia siempre aporta novedad, la novedad que supone la actualización del misterio de Jesucristo que el Espíritu procura por su medio.
- Por último, estos dos momentos son dialécticos, es decir, se reclaman mutuamente. Si bien la Iglesia no puede anunciar lo que no está presente y activo por la acción secreta del Espíritu; tampoco esta acción oculta del Espíritu puede fácilmente llegar a su sazón si no recibe los efectos de la gracia que proporciona el servicio evangelizador de la Iglesia. Quedarse en cualquiera de los extremos y no ponerlos en relación es dificultar el proyecto salvador de Dios que si bien quiere que todos los hombres se salven, también quiere que lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 *Tim* 2, 4).

3. La importancia del itinerario espiritual del creyente

Según lo expuesto, en el proceso que sigue cualquier hombre en el cumplimiento de su vocación, el Espíritu Santo tiene un protagonismo esencial. Es él el que misteriosamente activa en el hombre su vocación y le mueve a su consecución. Ahora se nos plantean varias cuestiones: ¿cómo la Iglesia puede conocer esas mociones secretas?, siendo diversas según las circunstancias y caracteres de cada sujeto ¿dibujan un mismo camino?, ¿de qué modo la Iglesia puede acompañarlo? La respuesta a estas cuestiones nos permitirá comprender lo que es el itinerario espiritual y poner de relieve la importancia que tiene en la vida de un creyente, especialmente en aquellos que siguen un proceso iniciático.

3.1. La acción del Espíritu se manifiesta en la respuesta libre del creyente

Muchas veces en el imaginario de los que se dedican a la transmisión de la fe existe la idea de que el camino de encuentro entre Dios y el hombre se parte por medio. Es decir, si bien Dios, con la encarnación y

la pascua de su Hijo, ha hecho un camino hacia el ser humano, este solo llega al punto medio, y el hombre debe hacer autónomamente su propio camino acudiendo a ese punto en el que Dios le cita. Nada más lejos de la realidad. Dios busca a los hombres y mujeres allí donde se encuentran y Él con su gracia redentora –no solo por el acto creador– está al origen del primer paso que estos dan en su dirección. Existe en la acción pastoral, en general, una cierta concepción pelagiana que no solo no hace justicia a la verdad, sino que además está bloqueando la acción evangelizadora por miedo a la renuencia que nuestros contemporáneos parecen interponer ante el anuncio del Evangelio por parte de la Iglesia. No hay base sobre ello, Dios siempre nos antecede y actúa incluso en los hombres que aparentemente le son refractarios. En palabras del papa Francisco, Dios nos «primerea», Dios nos busca hasta en nuestras “periferias existenciales”, porque allí mismo es activa la fuerza de la resurrección y, por tanto, la Iglesia puede acudir hasta cualquier extremo para anunciar la Buena nueva de Jesucristo⁷.

Desde este marco podemos ahora comenzar a dar respuesta a la pregunta que nos hacíamos más arriba: ¿cómo la Iglesia puede conocer las mociones secretas del Espíritu Santo? Pues, justamente, en la respuesta libre del hombre; porque la acción graciosa del Espíritu, misteriosa en sí misma, se manifiesta en la respuesta libre que produce en el ser humano. Así, aunque el camino que conduce a la respuesta de fe puede parecer que es un camino recorrido autónomamente por el hombre, en realidad siempre es consecuencia de la acción gratuita del Espíritu. Como argumento de autoridad puede bastar el siguiente texto de san Agustín:

«Comienza él [Dios] a obrar para que nosotros queramos y, cuando queremos, con nosotros coopera para perfeccionar la obra [...] Por consiguiente, para que nosotros queramos, sin nosotros a obrar comienza y, cuando queremos y de grado obramos, con nosotros coopera»⁸.

⁷ Basten como referencias tres textos: «Su resurrección [la de Cristo] no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable» (EG, n. 276). «La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (EG, n. 24). «Es el Espíritu Paráclito, el “Consolador”, que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo», FRANCISCO, *Homilía a los Movimientos eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés*, (19.V. 2013).

⁸ SAN AGUSTÍN, *Gracia y libre albedrío* 17, 33: OSA VI, p. 269, citado por V. GROSSI Y B. SEB-BOÛÉ, «Gracia y justificación: desde el testimonio de la Escritura hasta el final de la Edad

El ser humano siempre está bajo la acción del Espíritu. Ya desde su primer impulso hacia Dios es movido por la gracia divina y cuando de un modo decidido dirige sus pasos hacia él, más es receptor de la misma. Juan Pablo II explicita este punto con una cita del santo obispo de Hipona:

«El Espíritu Santo desde ahora instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno. Y él enciende en sus corazones un deseo más vivo en la medida en la que cada uno progresa en esta caridad que le hace amar lo que ya conocía y desear lo que todavía no conocía»⁹.

En efecto, el Espíritu, como «Maestro interior», en la intimidad de la conciencia y del corazón, es el que mueve e instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno: al inicio para que se abra al dinamismo de su vocación y se interroge por su verdad; más adelante para que mire al Dios que se ha revelado en Jesucristo y busque en él la respuesta de su vida; y, por último, para que se confíe al misterio trinitario y llegue al conocimiento del verdadero amor. El Espíritu siempre deja sentir los efectos de su acción en la libertad del hombre; y este se deja mover por él en la medida en que ama lo que va conociendo en su relación con Cristo y desea penetrar todavía más en el misterio divino que constituye su plenitud y felicidad. En todo este camino que el hombre hace hacia Dios, gracia y libertad se combinan. Y si es verdad que el Espíritu es el que con su auxilio mueve el corazón del hombre, lo dirige a Dios, le abre los ojos de la fe y le concede el gusto en aceptar y creer la verdad que se ha revelado en Jesucristo (cf. DV, n. 5); también es verdad que es el hombre el que al acoger libremente esta moción de la gracia es el que va recorriendo su camino hacia el misterio de Cristo.

¿Cómo conocer que los movimientos espirituales que siguen los que se inician proceden del Espíritu Santo, y no de otras fuerzas que encuentran eco en su corazón: del mal espíritu, de la atracción del mundo o del propio sujeto? Por encima de cualquier otra moción que reciba el que se inicia, la acción del Espíritu se hace comprensible porque, al ser el Don que Jesucristo glorioso envía desde el Padre, toda su actividad esta medida por la imagen de Cristo que quiere esculpir en el creyente¹⁰. A la luz de las Escrituras

Media», en: *Id et al., Historia de los dogmas*, Tm. II: *El hombre y su salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, p. 223. También el siguiente texto del obispo de Hipona que san Juan Pablo II propone en su exhortación *Catechesi Tradendae*: «El hecho de creer y de obrar bien son nuestros como consecuencia de la libre elección de nuestra voluntad, y sin embargo uno y otro son un don que viene del Espíritu de fe y de caridad», *Retractationum liber*, I, 23, 2: PL, 32, 621, citado en *Catechesi Tradendae*, n. 72e (en adelante: CT).

⁹ SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, n. 57, 1: PL, 35, 1877, citado en CT, n. 72c.

¹⁰ «Ahora, mientras vivís en vuestro cuerpo mortal, desterrados lejos del Señor, camináis por la fe; pero tenéis un camino seguro que es Cristo Jesús en cuanto hombre, el cual es al mismo tiempo el termino al que tendéis, quien por nosotros ha querido hacerse hombre»,



en la experiencia eclesial de Cristo, los que tienen la encomienda de iniciar en la fe pueden comprender si verdaderamente la persona que acompañan está siendo movida o no por el Espíritu de Cristo. Y considerando que la meta de todo proceso espiritual es la participación en el misterio de Cristo, podrán servir a la acción de la gracia ayudando a los que se inician a avanzar hacia la comunión con él. Cristo dijo de sí mismo que era el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 6). Cristo no solo se presenta como la Vida, esto es, como la meta donde el hombre encuentra su felicidad; sino también como el camino que, en la medida en que el creyente lo va recorriendo en su condición humana e histórica, se puede reconocer la acción misteriosa pero eficaz del Espíritu de Cristo¹¹.

«El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en él con todo su ser, debe ‘apropiarse’ y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo»¹².

El creyente entra en comunión con Cristo en la medida en que se «apropia» y asimila su misterio salvífico, y se apropia y asimila ese misterio en la medida en que acoge libremente la acción del Espíritu. «El Espíritu Santo no es algo que se coloca entre Cristo y nosotros, sino la misma inmediatez de su presencia»¹³. «La comunicación de Cristo, esto es, el Espíritu Santo»¹⁴.

SAN AGUSTÍN, *Sermón en la octava de Pascua* 8, 1, 4, 9, citado del Oficio de Lecturas, II Domingo de Pascua.

¹¹ «Si el Señor, tu Dios, te hubiese dicho: “Yo soy la verdad y la vida”, y tú deseases la verdad y anhelaras la vida, sin duda que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: ‘Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar a ellas’. ¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: *Yo soy el camino*. Antes de decirte a donde te dijo por dónde: *Yo soy el camino*. ¿Y a dónde lleva el camino? *A la verdad y a la vida*. Primero dijo por dónde tenías que ir, y luego a donde. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*. Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino», SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 34, 9: CCL 36, 316, citado del Oficio de Lecturas, IV Domingo de Cuaresma.

¹² CT, n.61e, que cita la encíclica *Redemptor hominis*, n. 10: AAS 71 (1979), p. 374.

¹³ L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción*, Monte Carmelo, Madrid 2013 p. 43.

¹⁴ SAN IRENEO, *Adv. Haer.* III 24, 1 (SCh 211, 472), citado en *ibid*.

3.2. El proceso de fe y conversión como Itinerario espiritual

a) La importancia de la conversión primera y de la fe inicial

La conjunción de la gracia del Espíritu y la libre respuesta del hombre genera un proceso de fe y de conversión por el que el cristiano, de un modo progresivo, va creyendo y aceptando el señorío de Jesús en su vida. Por la conversión, el que se inicia sale de sí mismo y se vuelve hacia Dios, y por la fe recibe la luz necesaria para reconocer la acción misteriosa del Espíritu que hace presente a Cristo en su vida. Esta es la razón por la que, en sentido estricto, no se puede iniciar un proceso iniciático si previamente no se da una fe y conversión inicial. Este comienzo nunca debe darse por supuesto y las comunidades cristianas debe hacer todo lo posible para que los que inician el proceso catecumenal partan de esta «opción fundamental sobre la que descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor»¹⁵.

En efecto, todo se inicia con un encuentro personal con Jesucristo¹⁶, en el que la persona se encuentra con un amor que le precede y, de pronto, de manera desbordante y gratuita, ilumina toda su vida. Ya en este encuentro primero, el que comienza a creer recibe unos «ojos nuevos», los ojos de la fe, que no solo le permite reconocer la presencia de Cristo en su vida, sino que le permite releer de qué manera ha llegado hasta ese encuentro y le da la posibilidad de contemplar un nuevo futuro: el de la plena felicidad que anhela. En este punto son especialmente luminosas las siguiente palabras del papa Francisco:

«La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, EDICE, Madrid 2014, n. 56b (en adelante: DGC), que hace referencia a AG, n. 13; EN, n. 10; RM 46; VS, n. 66, RICA, n. 10.

¹⁶ Ya se han hecho un tópico las palabras de Benedicto XVI en su primera encíclica: «*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE, n. 1). Esta mismas palabras la retoma el papa Francisco en EG, n. 8 y de algún modo resuena en otros números: 1. 3. 11-13. 88. 264-267.

amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro “yo” aislado, hacia la más amplia comunión»¹⁷.

Esta conversión primera y la fe inicial, que siempre es respuesta al anuncio evangélico, son la condición *sine qua non* para que el que busca ser discípulo de Cristo viva su iniciación como un verdadero itinerario espiritual. ¿Qué quiere decir esto? El que busca configurarse con Cristo debe salir de la superficialidad y a la luz de la memoria eclesial de Jesucristo, memoria fundante, iniciar un proceso en el que se confronte con el misterio de su humanidad, se abra libremente a la acción del Espíritu y, bajo la compañía y el testimonio eficaz de la Iglesia, poder identificarse con su Maestro y Señor¹⁸. Aquí radica la capital importancia de este don primero de la fe, este don sobrenatural concedido por el Espíritu: permite al catecúmeno reconocer la acción misteriosa que con él ha venido trayendo la tercera persona de la Trinidad; le dispone a recibir la palabra de la Iglesia como Palabra de Dios y sus acciones litúrgicas como signos salvíficos; y, a través de todo ello, poder entrar en un trato personal y configurador con Cristo que le permitirá participar de la relación filial que tiene con el Padre.

b) Itinerario creyente, itinerario espiritual

El Ritual de la Iniciación Cristiana, que se describe a continuación se destina a los adultos, que al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión¹⁹.

La fe y conversión inicial, «germen de fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio» (CT, n. 20a), es la puerta de entrada del proceso de iniciación cristiana, pero esta puerta abre a un camino, el camino de la fe

¹⁷ FRANCISCO, encíclica *Lumen fidei*, n. 4; también los números 8.13.34.40.51.

¹⁸ El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* concede tal importancia a este momento que considera la materia esencial sobre la que incide el Rito de entrada en el Catecumenado, cf. *Observaciones previas*, n. 15 (en adelante: RICA). Hemos estudiado las características en nuestro trabajo: «Primer anuncio y llamada a la conversión», en: J. CARLOS CARVAJAL BLANCO (dir.), *Emplazados para una nueva evangelización*, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2013, p. 141-187, en especial 168-184. En este trabajo también se pone de relieve la importancia que tiene el llamado precatecumenado para garantizar este punto de partida en los que quieren iniciarse en la fe.

¹⁹ RICA, *Observaciones previas*, n. 1.

y la conversión que dura toda la vida²⁰. En efecto, quien se ha encontrado con Cristo y le busca como su Salvador, quiere unirse a Él y participar de su amor. La fe primera exige un proceso de desarrollo hasta llegar a la intimidad con Jesucristo por la confesión de la fe y la recepción de los sacramentos (cf. AG, n.14; RICA, n. 29-31; CT, n. 8; DGC, n. 80). Este camino supone para el creyente un proceso transformativo por el que, bajo la acción de la gracia, poco a poco va configurándose con Jesucristo, es decir, va pensando como él, juzgando como él y viviendo como él (cf. CT, n. 20b; DGC, n. 53). En este proceso de fe, se opera un itinerario espiritual en el que la persona en su totalidad queda implicada y va asumiendo existencialmente la participación en la filiación divina que Cristo, por medio de su Espíritu, otorga a su discípulo en el seno de la Iglesia. Precisemos esto que decimos.

- El proceso de configuración con Cristo ha de ser real, es decir ha de atravesar y articular todas las dimensiones de la vida tanto del que se inicia como del que posteriormente camina hacia la madurez de la santidad. El nivel de esa configuración variará según el punto en el que se encuentre el itinerario de la fe, pero es un hecho cierto que, en tanto acontecimiento de gracia, la fe cristiana tiene un poder transformador que ha de verificarse en la vida de los que creen²¹. La fe no es una ideología ni tampoco es reductible a lo que el hombre puede vivir por sus propias fuerzas. La fe es una fuerza de vida que configura con Aquel que es objeto de la misma fe. Esta fuerza configuradora se deja sentir en el proceso catecumenal y este proceso avanza en la medida en que la discierne y la sirve²².
- La razón por la que este proceso de configuración se concibe como un itinerario espiritual²³ es porque acontece por obra del Espíritu

²⁰ «La fe es un don destinado a crecer en el corazón de los creyentes. La adhesión a Jesucristo, en efecto, da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida» (DGC, n. 56). Este número del *Directorio* presenta sucintamente los momentos importantes que articulan este proceso de conversión.

²¹ «Por la acción de la gracia de Dios, el neoconverso inicia *un camino espiritual* por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y resurrección pasa del *hombre viejo al hombre nuevo* perfecto en Cristo. Este paso, que lleva consigo *un cambio progresivo* de sentimientos y costumbres, debe ponerse de manifiesto en sus consecuencias sociales y desarrollarse en el tiempo del catecumenado. Al ser el Señor, al que se confía, un signo de contradicción, el hombre convertido *experimenta muchas veces separaciones y rupturas, pero también gozos que Dios concede sin medida*» (AG, n. 13b cf. CT, n. 72c; DGC, n. 56a).

²² El catecumenado «no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino *la formación y el noviciado* debidamente prolongado de toda la vida cristiana, en que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro» (AG, n. 14a; cf. DGC, nn. 67-68).

²³ F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu*, Ed. Espiritualidad, Madrid ⁴1991, en especial el cap. 12: «Crecer en Cristo», pp. 454-493; S. GAMARRA, *Teología espiritual* BAC, Madrid 1994, en

Santo. Así es, si el proceso de alumbramiento y maduración en la fe es operado bajo la gracia del Espíritu, es determinante que tanto la Iglesia que acompaña y sirve ese proceso, como el propio creyente, en todos sus estadios, se ponga en sintonía con esa acción del Espíritu. En este punto es capital que tanto la Iglesia como el propio creyente reconozcan el protagonismo del Espíritu, y que, lejos de prefigurar formalmente unos itinerarios y el uso de unos medios, todo los esfuerzo se dirijan a reconocer, servir y acoger esa acción del Espíritu de Cristo, el único capaz de configurar al hombre según la imagen de Aquel de quien procede. Es evidente que este dinamismo espiritual dibuja una radical dependencia de la acción de la gracia y que, por tanto, la respuesta libre del hombre discurre en el acoger más que en el conquistar. Justamente aquí radica el verdadero combate de la fe y el núcleo esencial de la ascesis cristiana: el creyente ha de aceptar la obra que Dios quiere realizar en él y cómo la quiere realizar, y aceptar que conmueva sus experiencias más radicales.

- Estamos hablando de un proceso transformador y de una acción misteriosa, aunque eficaz, del Espíritu. Para que este proceso se realice al modo humano, es decir, para que el hombre se reconozca interpelado en su conciencia y en su libertad y pueda encontrar los medios para dar la respuesta de fe y conversión que se le solicita, es preciso que todo esto acontezca en el seno eclesial. Para que el creyente se vaya configurando con Cristo, es preciso que abandone su modo anterior de vida: lejos de Dios y entregado al pecado, y asuma la nueva vida de Cristo por el aprendizaje y asunción de la vida cristiana. Desde esta perspectiva, la inserción en la Iglesia –ámbito de la vida cristiana– es fundamental para participar realmente de la humanidad nueva que se ha configurado en Cristo. La diversas mediaciones eclesiales por las que se entrega esa vida nueva son eso, mediaciones, nunca son metas en sí mismas, en ellas se ofrece el medio de participación en el misterio de comunión trinitaria que nos ha alcanzado Cristo por el don de su Espíritu²⁴. La progresiva

especial el cap. 9: «El proceso de la vida cristiana», pp. 247-280; S. DE FIORES, «Itinerario espiritual», en: *Id., et al. (dirs.), Nuevo diccionario de espiritualidad* Ed. Paulinas, Madrid 1983, pp. 733-750. Para su referencia en los itinerarios iniciáticos cf. R. LÁZARO, «El concepto de itinerario en la catequesis», en: A. CAÑIZARES – M. DEL CAMPO (Dirs), *Evangelización, catequesis, catequistas. Una nueva etapa para el Tercer Milenio*, Edice, Madrid 1999, pp. 475-489; M. DEL CAMPO GUILARTE, «Apuntes para una pedagogía de la iniciación cristiana. Itinerarios de la fe en la iniciación cristiana», *Teología y Catequesis* 112, 2009, pp. 41-63.

²⁴ Aquí consideramos que la vida filial en Cristo, único modo de participar en la comunión trinitaria, es la vida según el Espíritu de Cristo y esta encuentra su mediación en la participación en la vida cristiana mediada por la Iglesia (cf. CT, n. 72e).

inserción en la vida eclesial no solo ofrecerá un soporte objetivo al itinerario espiritual, sino que supondrá un criterio de maduración. Aquí, como decimos, la configuración con Cristo que la acción cristística del Espíritu procura, encuentra su correlato en el testimonio sacramental que la Iglesia obra del mismo.

- Una última precisión. Según el Directorio este proceso de conversión y fe, que dura toda la vida, está configurado por unos momentos bien definidos (cf. DGC 56): el interés por el Evangelio, la conversión inicial, la profesión de fe y el camino hacia la perfección. Según lo dicho hasta ahora, debemos abstenernos de pensar que solo la etapa que corresponde al camino de perfección, es decir, cuando ha concluido el proceso de iniciación cristiana con la recepción de los sacramentos, pueda ser definida como camino espiritual y propio de unos elegidos. No es así, cada momento del itinerario creyente, a su modo y en su grado, está bajo la influencia del Espíritu y supone un acercamiento y participación del misterio de Cristo²⁵. Cada etapa lleva consigo un combate en el que los que se inician deben aceptar libremente las mociones del Espíritu, lo cual supone, bajo el testimonio y acompañamiento eclesial, un discernimiento y una docilidad para poder configurarse con su Maestro y Señor. Desde esta perspectiva, cada momento del itinerario creyente, por muy en ciernes que esté y en el modo en que sea necesario, puede ser discernido, acompañado y servido eclesialmente.

4. La Iglesia al servicio de la acción del Espíritu en el itinerario espiritual de los creyentes

La Iglesia nace del mandato misionero de su Señor resucitado (cf. *Mt* 28, 16-20; *Lc* 24, 46-49; *Hch* 1, 6-8): ella recibe la misma encomienda que él había recibido del Padre (cf. *Jn* 20, 21); ella tiene la misión de testimoniar el Evangelio de Jesucristo hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1, 8), de modo que los que crean se salven (cf. *Mc* 16, 15-18); ella es la encargada de hacer discípulos de su Señor por instrucción y el bautismo (cf. *Mt* 28, 18-20). La Iglesia no se ha dado a sí misma el papel que tiene en la misión evangelizadora, su papel es capital porque su Señor se la ha confiado²⁶.

²⁵ Cf. DE FIORES, p. 743. Esta también es la idea de fondo que articula el artículo de J. CASTELLANOS CERVERA, «L'iniziazione cristiana e il cammino spirituale dei cristiani», en L. MEDDI (a cura di), *Diventare cristiani. La catechesi como percorso formativo*, Luciano editore, Napoli 2002, pp. 75-84.

²⁶ «La Iglesia es la mediación querida por Dios para actuar en el tiempo esta obra de la redención humana y de la participación de los hombre en la naturaleza divina» (IC, n. 11b).

No obstante, la Iglesia no lo realiza bajo su poder, en el mismo momento en que el Resucitado le confiere la misión, esta es puesta en dependencia del Espíritu (cf. *Lc* 24, 48-49; *Hch* 1, 8; *Jn* 15, 26-27; 20, 22), solo por el don del Espíritu la Iglesia tiene la capacidad de actualizar el misterio salvador de Cristo y anunciarlo a cualquier persona que esté en el último rincón del mundo²⁷.

En realidad, la misión evangelizadora es del propio Espíritu; pues es el Espíritu, que procede del Padre y del Hijo glorificado en su humanidad, el que tiene la misión de continua a lo largo del tiempo la obra salvadora que Cristo realizó. Sin embargo, Dios ha querido unir la Iglesia a la acción de su Espíritu para que la haga visible y le preste su servicio. En palabras del Concilio «la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano» (LG, n. 1). Bajo la acción del mismo Espíritu la Iglesia posee una constitución sacramental a la vez que instrumental. Pasemos a decir una palabra de cada una de estas dimensiones.

4.1. La Iglesia, sacramento de Cristo

A semejanza de María, la Virgen, la Iglesia, por obra y gracia del Espíritu Santo, presta su propia humanidad para ser un testimonio vivo de Cristo allí donde se encuentre.

- Ella es el *Pueblo de Dios* (cf. LG, n. 9; CCE, nn. 781-786) que ostenta, entre los pueblos de la tierra, una identidad propia: sus miembros poseen la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, su ley es el mandamiento del amor y su destino es el reino de Dios.
- Ella es el *Cuerpo de Cristo* (cf. LG, n. 7; CCE, nn. 787-796) que está dotada de la plenitud de los bienes y medios que, procedentes de su Cabeza, son efectivos para la salvación de los hombres (Palabra de Dios, sacramentos, caridad...).
- Ella es el *Templo del Espíritu* (cf. LG, n. 4; CCE, nn. 797-798), que iluminada por la luz de la fe y fortalecida por la fuerza de la gracia, peregrina a través de la verdad hasta alcanzar su destino en la comunión divina.

En definitiva, la Iglesia posee una realidad teándrica, es decir ella es

²⁷ «La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad» (CCE, n. 738).

una realidad humano-divina, en la que el elemento humano íntimamente unido al elemento divino lo hace visible y le permite penetrar en la historia y en las vidas de aquellos que entran en contacto con este misterio. Unas palabras del Concilio vienen a iluminar este punto:

«Cristo, mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento humano y el divino. Por eso, a causa de esta profunda analogía, se asimila al Misterio del Verbo encarnado. Pues como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación a El indisolublemente unido, de forma semejante a la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4, 16)» (LG, n. 8a)²⁸.

La constitución *Lumen gentium* habla de una profunda analogía entre el Misterio del Verbo encarnado y la relación que existe entre el Espíritu y la Iglesia: la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo como un órgano de salvación indisolublemente unido a él.

En efecto, la comunidad eclesial presta su propia humanidad, para que la Palabra que tomó carne del seno de María se manifieste ahora en la carne de su Esposa. El Espíritu es el que fecunda esta humanidad eclesial para que sea testimonio vivo de Cristo y su palabra humana sea portadora de la Palabra divina (cf. LG, n. 4). La realidad sacramental de la Iglesia está al servicio de la contemporaneidad de Cristo y es la posibilidad de que todo hombre pueda encontrarse realmente con Él y participar de su salvación por la comunión de vida que procura la acción del Espíritu.

En definitiva, si la Iglesia es el espejo en donde todo hombre puede ver reflejado el misterio de Cristo que, por obra del Espíritu Santo, puja en su vida; más es el seno maternal en donde el Espíritu, en virtud de la Palabra, los sacramentos y la vida de caridad, le introduce en la comunión con Cristo hasta generarle como nuevo hijos de Dios²⁹. La acción del Espíritu necesita pues, de la mediación eclesial, ella no es solo una instancia objetivadora donde se muestra lo que está realizando misteriosa-

²⁸ Sobre este tema ver nuestro trabajo: *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra y catequesis*, PPC, Madrid 2014, pp. 29-34, 72-80.

²⁹ «La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (DV, n. 8a).



mente, sino que es el ámbito en donde su acción se hace sobreabundante y eficaz, hasta el punto de realizar la obra para la cual ha sido enviado desde la gloria divina.

4.2. La Iglesia, instrumento del Espíritu

Ya hemos dicho más arriba que la acción del Espíritu desborda la Iglesia: él sopla dónde y cómo quiere (cf. *Jn* 3, 8), y de un modo «solo conocido por Dios» va actualizando el acontecimiento de Cristo entre los hombres y los pueblos³⁰. El Espíritu es el que esparce «las semillas de la Palabra», tanto en los corazones de los hombres como en sus culturas y religiones (cf. AG, nn. 3.11.15; GS, nn. 10-11.22.26.38.41.92-93; RM, n. 28). También es él el que guía los acontecimientos para que en cada tiempo sean signos de la presencia de Dios (signos de los tiempos) y hagan avanzar su designio salvífico realizado en Jesucristo (cf. GS 4a. 11a). La Iglesia está puesta al servicio de esta acción universal del Espíritu.

Ella, y en su seno todo creyente, posee el sentido de la fe que la hace capaz de discernir la acción misteriosa del Espíritu³¹. Si la Iglesia con la luz del Evangelio no lo escruta, quién podría hacerlo. Ella ha sido enriquecida por su Señor con la divina gracia para con el poder del Espíritu servir al propio Espíritu. Si la Iglesia con los dones recibidos no sirviera al Espíritu, quien podría servirlo. Existe, por tanto, una verdadera sinergia o actuación en común entre el Espíritu y la Iglesia³². No obstante, la precedencia siempre la tiene la acción misteriosa, pero cierta, del Espíritu, el cual ya actúa (en las personas y grupos humanos) aun antes de cualquier intervención eclesial.

³⁰ «El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe *las primicias del Espíritu* (*Rom* 8, 23), que le capacitan para cumplir la nueva ley del amor [...] Esto vale no solo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, *en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible* (cf. LG, n. 16). Cristo murió por todos (*Rom* 8, 32) y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que *el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido solo por Dios, se asocien a este misterio*. Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece para los hombres» (GS, n. 22e) la cursiva es nuestra.

³¹ «Dios dota a la totalidad de los fieles de *un instinto de la fe* —el *sensus fidei*— que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión» (EG, n. 119; cf. LG, n. 12).

³² «Puede hablarse, por tanto, de una verdadera *sinergia* o actuación común en la obra de nuestra redención, entre Cristo y su esposa la Iglesia (cf. CCE 1069; 1153), entre el don del Espíritu Santo y la acción de la Iglesia (cf. CCE, nn. 1091; 1099; 1108; 1139)» (IC, n. 13a).

De aquí se sigue una consecuencia capital para la acción evangelizadora, en general, y la iniciática, en particular: la acción eclesial solo halla su sentido y eficacia en la medida en que saca a la luz y secunda la acción misteriosa del Espíritu. En cada ocasión, la acción del Espíritu que le antecede, y ella puede discernir, le indica cuales de los medios salvíficos de los que está pertrechada es el momento de implementar. Sobre este punto es especialmente clarificador un texto del decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad gentes*:

«La Iglesia, pues, aunque contenga la totalidad o la plenitud de los medios de salvación, no actúa ni puede actuar siempre e inmediatamente según todos los medios, sino que experimenta situaciones iniciales y grados en la acción con la que se esfuerza por llevar a cabo el plan de Dios [...] En cuanto se refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra y de este modo los incorpora a la plenitud católica. A cada circunstancia o estado deben corresponder actividades apropiadas o medios adecuados» (AG, n. 6b).

En nuestra opinión, lo que aquí plantea el Concilio es mucho más que una estrategia. Al igual que existe una economía de la salvación, existe una economía evangelizadora que afecta a todos los ámbitos de la pastoral, aquí, en concreto, a la pastoral iniciática. No porque, de pronto, se implementen todos los medios de salvación los hombres llegarán a participar del misterio de Cristo. El proceso revelador fue gradual, igual que fue gradual la manifestación que Jesús hizo de sí a la fe de sus discípulos. La gradualidad en la disposición de los medios depende de la respuesta que los destinatarios de los mismos van dando, no a esos medios, sino a la acción del Espíritu que a través de ellos actúa y tiene como intención procurar la respuesta necesaria. La Iglesia no puede formalizar un itinerario a seguir ni tampoco predeterminar el uso de los medios con los que ha sido investida. Ella está en disposición de conocer cómo el Espíritu va actuando en sus destinatarios y, tras hacer un esfuerzo de discernimiento, se pone al servicio de la fe, ofreciendo los medios oportunos para favorecer la conjunción necesaria entre la gracia divina y la libertad humana.

4.3. La Iglesia, al servicio del itinerario de la iniciación cristiana

«La iniciación cristiana es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia y [...] constituye la realización de su función maternal, al engendrar a la vida a los hijos de Dios» (IC, n. 13b).



En el conjunto de la misión evangelizadora de la Iglesia, la iniciación cristiana tiene una importancia capital. En el proceso iniciático, la Iglesia se convierte en el seno materno en el que Dios engendra sus hijos, y, por esto mismo, establece de un modo original (modélico) y originante (promotor) los elementos estructurales que deben definir la vida de fe de un creyente y su participación con el misterio cristiano. Así es, según como se articule el proceso iniciático, el creyente iniciado, y con él la comunidad de pertenencia, vivirá la fe bien como una relación puramente formal, basada en la adquisición externa de “elementos cristianos” (verdades, mandamientos, ritos...), o bien como una relación vital en la que, bajo la mediación eclesial, el creyente vive en comunión con Cristo y en relación filial con el Padre, Dios.

a) La iniciación cristiana como proceso litúrgico-catequético-espiritual

La iniciación cristiana, ha sido definida por los Obispos españoles como un itinerario litúrgico-catequético-espiritual:

«Iniciación de los catecúmenos se hará gradualmente a través de un itinerario litúrgico-catequético y espiritual, como un camino de conversión y crecimiento en la fe que se desarrolla en el seno de la comunidad cristiana, estableciendo etapas a través de las cuales se va avanzando en la fe»³³.

En efecto, la iniciación cristiana es un proceso articulado por tres dimensiones: la dimensión catequética, litúrgica y espiritual. Estas dimensiones, aunque poseen unos dinamismos propios, lejos de yuxtaponerse, concurren para hacer posible el proceso unitario de la iniciación cristiana. Ninguna puede faltar y cada una de ellas se integra con las otras y hace su aportación particular para que los discípulos de Cristo se inicien en la fe y puedan participar de su relación filial con el Padre. No obstante, es un hecho que la praxis iniciática —incluso la misma reflexión pastoral— no siempre ha prestado la suficiente consideración a esta triple dimensión. Según los tiempos y las circunstancias sociales, culturales y religiosas incluso se ha llegado a confundir el proceso iniciático con un itinerario formal configurado en torno a una de ellas:

- En el contexto de cristiandad se llegó a acentuar hasta el extremo el itinerario sacramental. Era un hecho que los nuevos miembros de la Iglesia se introducían a la vida cristiana a través del proceso socializador que el ambiente cristiano seguía con sus miembros. En este marco, la iniciación cristiana propiamente dicha se reducía a la

³³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, LXXVIII Asamblea Plenaria, *Orientaciones pastorales para el Catecumenado*, n. 12; el texto concluye con las siguientes referencias: RICA obs. prv. nn. 4, 9-40; IC, nn. 24-31; DGC, nn. 88-89.

mera recepción de los sacramentos, introducidos, en el mejor de los casos, por una breve catequesis doctrinal que venía a preparar de un modo inmediato su celebración.

- Progresivamente, en el periodo posconciliar, todo fue basculando hacia el itinerario catequético. En este tiempo la catequesis se convirtió en el eje de la iniciación cristiana: todo era catequesis y la recepción de los sacramentos un apéndice que solo aportaba la celebración de lo que la habilidad pedagógica de la comunidad cristiana y el esfuerzo de los catequizandos ya habían alcanzado. Cuanto más avanzaba el proceso secularizador, más se profundizaba en los requisitos y exigencias. Cuanto más se acentuaba el itinerario catequético, más se asemejaba al itinerario escolar y menos se consideraba el aporte original de las celebraciones litúrgicas.
- En los últimos años, con la revalorización del catecumenado bautismal y el progresivo descubrimiento del RICA, se ha ido avanzando en la articulación de las dimensiones catequéticas y litúrgicas (cf. IC, nn. 39-59). La reflexión catequético-litúrgica³⁴ han dado pasos en común y las comunidades cristianas han hecho un esfuerzo por articular unos procesos iniciáticos en los que se articulen ambas dimensiones. No obstante, en este tiempo en el que se ha ido recuperando el dinamismo iniciático a penas se ha tenido en consideración la dimensión espiritual, parte esencial del mismo.

b) El itinerario espiritual, alma de la iniciación cristiana

Creemos que ha llegado el tiempo de poner en el centro la dimensión espiritual de la iniciación cristiana, lo cual no supone ignorar ni la dimensión catequéticas ni la litúrgica. Se trata de que la catequesis y la liturgia, en cuanto acciones de la comunidad cristiana, se pongan al servicio del proceso espiritual de fe —acción de la gracia y respuesta libre del hombre—, por el que un creyente se va identificando con Cristo y va avanzando en su relación filial con Dios. Esta es, justamente, la intención del RICA:

«El Ritual de la Iniciación se acomoda al camino espiritual de los adultos, que es muy variado según la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos, la acción de la Iglesia y las circunstancias» (RICA, n. 5)

³⁴ M. DEL CAMPO GUILARTE «La necesaria relación e intercambio de la catequesis y de la liturgia en la iniciación cristiana», en *Teología y Catequesis* 99 (2006), pp. 139-151; M. DEL CAMPO – M. GONZÁLEZ LÓPEZ-CORPS, «Dos dimensiones de estudio e investigación en la Facultad de Teología “San Dámaso”», en *Teología y Catequesis* 104 (2007), pp. 169-181, este último trabajo se refiere a la colaboración y complemento que existe entre la teología catequética y la teología litúrgica.

No cabe duda de que la iniciación cristiana supone un itinerario de fe que va de la fe inicial a la confesión de la fe en la noche bautismal, pero este itinerario cada creyente lo recorre de un modo diverso³⁵. En las *Observaciones previas*, el RICA habla de que el proceso iniciático que propone se ha de acomodar justamente a ese camino espiritual de cada adulto. En realidad, tiene en cuenta el carácter personal de ese camino, el cual es la resultante de la conjunción de la múltiple gracia de Dios, de la libre cooperación de los catecúmenos, de las circunstancias y también, claro está, de la acción de la propia Iglesia.

Recientemente, el Episcopado español ha indicado la precedencia de la dimensión espiritual de la iniciación cristiana:

«Así pues, en la iniciación catequesis, liturgia y experiencia cristiana caminan juntas hacia un mismo objetivo. Conviene cuidar las tres dimensiones correspondientes e íntimamente correlacionadas: dimensión catequética, dimensión sacramental y dimensión espiritual; más aún, y dadas las circunstancias actuales desde el punto de vista socio-cultural y religioso, podemos decir que las dos primeras, más allá de todo automatismo, están al servicio de la dimensión espiritual, donde se fundamenta el proceso de conversión, el encuentro y la adhesión a Jesucristo»³⁶.

Las páginas que anteceden, nos ayudan a comprender que esta indicación de los obispos españoles, no puede ser considerada de índole meramente metodológica; como si ahora llegara el tiempo de subrayar la dimensión espiritual en detrimento de las otras dos. En realidad, la indicación tiene un fundamento teológico y eclesial. La Iglesia nunca va por delante de la acción misteriosa, pero real, del Espíritu que mueve la libertad del que se inicia para acoger en su vida el misterio de Cristo. Ella siempre secunda la acción del Maestro interior, para lo cual discierne el momento espiritual en el que se encuentra el discípulo de Jesús y le anuncia la palabra y le ofrece los ritos litúrgicos para que esa acción se haga eficaz y entregue lo que Dios quiere darle y el propio creyente anhela.

Es evidente, que las comunidades cristianas no pueden contar con una serie ilimitada de itinerarios iniciáticos. Los medios son limitados y la ca-

³⁵ M. DEL CAMPO GUILARTE, «Apuntes para una pedagogía de la Iniciación Cristiana. Itinerarios de la fe en la Iniciación Cristiana», en *Teología y Catequesis* 112 (2009), p. 48. «El acontecimiento de gracia y de libertad, que denominamos itinerario de fe y que es el alma de la iniciación cristiana, puede ser considerado, por una parte, como una realidad de carácter personal y por ello tener la cadencia y el ritmo propio de cada persona. En este sentido cabe decir que cada itinerario de fe es, en cierto modo único y personal en la medida en que expresa la relación personal entre Dios y el hombre».

³⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, CIV Asamblea Plenaria, *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo. Instrucción Pastoral sobre los catecismos de la Conferencia Episcopal Española para la iniciación cristiana de niños y adolescentes* (21.XI.2014), n. 8.

pacidad de diversificación también. Basta con que puedan ofrecer los que son básicos: la iniciación cristiana de adultos no bautizados (IC, n. 112-123), iniciación de adultos ya bautizados (IC, n. 124-133), iniciación continua de niños bautizados en la infancia; iniciación de niños de edad escolar no bautizados; iniciación de adolescentes que interrumpieron el proceso después de la primera comunión³⁷. No obstante, aunque todo se articule en torno al grupo de catequesis, es un imperativo que no todo recaiga sobre la dinámica grupal. Ésta, ciertamente, es necesaria e importante, pero es preciso poner de relieve que el camino hacia la madurez cristiana es siempre un camino personal.

Esto requiere un modo nuevo de hacer las cosas³⁸. Se ha de tener en cuenta que junto a la figura del catequista tiene que estar la figura del acompañante; que a las sesiones de catequesis se le han de unir tiempos de diálogo personal, donde los que se inician se sientan interpelados y acompañados personalmente; que para superar cualquier formalismo el itinerario personal prime sobre el itinerario grupal; que se creen espacios donde se pueda discernir grupal y personalmente cómo el misterio de Cristo va iluminando y transformando la vida de los que se inician; que más allá de cualquier proceso didáctico prime una pedagogía de la fe; que la propuesta de la palabra y la celebración de los ritos litúrgicos se pongan en relación con la vida de los que se inician; que la comunidad cristiana sea en verdad el seno maternal en donde los que se inician van recibiendo la vida nueva y aprendiendo la gramática básica de la fe, etc.

5. La necesidad de dar un giro copernicano a nuestros procesos de iniciación

Como vemos, poner en el centro del proceso de iniciación cristiana el itinerario espiritual no es una opción menor, reorienta la actividad iniciática de la Iglesia, en general, y las acciones catequética y litúrgica, en particular. Parte del reconocimiento de la centralidad de la acción del Espíritu en el proceso iniciático³⁹, lo cual se ajusta a la naturaleza teologal del mismo, y sitúa a la Iglesia en el sitio que le corresponde: ser sacramento de Cristo e instrumento de su Espíritu. Esta corrección tiene importantes consecuencias tanto en la reflexión como en la actividad iniciática. No es el

³⁷ *Ibíd.*, 20.

³⁸ *Ibíd.*, 19.

³⁹ «La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo él puede suscitar y alimentar en la Iglesia» (CT, n. 72f).



momento de extendernos en ello, basta una simple enumeración para darnos cuenta por donde tendría que avanzar la reflexión teológica y el giro copernicano que es preciso realizar en nuestros procesos de iniciación. Los pasajes serían los siguientes:

- De una concepción donde prima la dimensión social de la comunidad cristiana a *una concepción sacramental* de la misma, en la que todo esté referido y puesto al servicio del misterio de comunión que en ella acontece y de la que es sacramento.
- De una catequesis desarrollada al margen de la comunidad cristiana a un proceso iniciático en el que tenga su referente permanente una comunidad entendida toda ella como un espacio iniciático⁴⁰.
- De una concepción voluntarista de la iniciación cristiana en cuyo centro está la acción de la Iglesia –cuando no la misma actividad de los que se inician–, a *una concepción* «graciosa» de la misma, donde el Espíritu, Maestro interior, sea reconocido como el agente principal. Desde esta perspectiva la comunidad cristiana debería considerar como centro de su actividad el *discernimiento y servicio* a la acción del Espíritu⁴¹. Y para los que se inician el centro serían *el reconocimiento y la acogida libre* de la gracia de Dios que les injerta e identifica con Cristo.
- De una acción iniciática centrada en el grupo catecumenal y en los procesos grupales a una acción *centrada en los que se inician* y en sus itinerarios personales.
- De unos itinerarios temáticos y rituales, previamente prefijados, a la articulación de unos dinamismos que hagan posible el *seguimiento y acompañamiento* de los procesos espirituales de los que se inician (cf. EG, nn. 169-173).
- De una concepción depositaria de la revelación ofrecida de un modo cerrado, a *una concepción histórica* de la misma capaz de iluminar las experiencias vitales de los que se inician (cf. DGC, nn. 107-108).
- De una catequesis entendida como educadora de una fe dada por supuesta, a una catequesis precedida por un tiempo (precateque-

⁴⁰ Ver nuestro trabajo: «Comunidad cristiana, comunidad iniciática», en *Teología y Catequesis* 131 (2015).

⁴¹ «Ante todo está claro que la Iglesia, cuando ejerce su misión catequética -como también cada cristiano que la ejerce en la Iglesia y en nombre de la Iglesia- debe ser muy consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar, constantemente este Espíritu, estar en comunión con El, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista» (CT, n. 72h).

sis) en el que se ayude a *suscitar la fe* en referencia a los interrogantes de la propia vida.

- De una catequesis descentrada, que se debate entre la Escritura y el Catecismo, a una catequesis articulada a partir del *kerigma* clave de lectura e integración de ambos⁴².
- De una pedagogía mimetizada con las ciencias humanas y dependiente de ellas a una *pedagogía ejercida en acto de fe (sensus fidei)* y al servicio de la fe (cf. EN, n. 75e; CT, n. 58; DGC, nn. 143-144).
- De unos catequistas que al modo de «profesionales de la enseñanza» transmiten contenidos y hacen actividades, a unos *catequistas puestos al servicio del Espíritu* que se presentan ante los que inician como testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.
- De una formación de los catequistas centrada exclusivamente en la adquisición de unos conocimientos doctrinales y unas técnicas pedagógicas a una *formación que ponga en el centro la propia experiencia de fe* contrastada y configurada con la experiencia que la Iglesia hace hoy del Evangelio.

6. Conclusión

Dos citas nos permiten concluir nuestra reflexión, una del papa Francisco y otra del *Directorio General para la Catequesis*. La primera apunta a la necesidad de que los evangelizadores del tiempo presente sean evangelizadores con Espíritu; la segunda se refiere a la necesaria sinergia que se ha de dar entre la acción del Espíritu y la de los catequistas:

«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo [...] Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelle-

⁴² «Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o *kerigma*, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerigma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: 'Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte'. Cuando a este primer anuncio se le llama 'primero', eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos» (EG, n. 164).



va como algo que contradice las propias inclinaciones o deseos [...] En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora» (EG, nn. 259.261).

Dios no ha abandonado al ser humano, aún hoy sigue obrando la salvación que realizó en su Hijo, Jesús. Su Espíritu es el que actualiza esa acción salvadora abriendo las puertas de la felicidad a aquellos que la acogen. Ser testigos y servidores del Evangelio sin Espíritu es imposible; toda tarea evangelizadora, incluida la catequesis iniciática, se convierte en una carga pesada y estéril. Serlo con Espíritu es tomar la dirección favorable del buen viento que sopla en la dirección del Evangelio y hace que penetre todo con la gracia. El Espíritu Santo es el alma de los catequistas testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.

«En la escuela de Jesús Maestro, el catequista une estrechamente su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios [...] el Espíritu se vale de personas que reciben la misión de anunciar el Evangelio y cuyas capacidades y experiencias humanas entran a formar parte de la pedagogía de la fe» (DGC, n. 138).

No obstante, la Iglesia, y en su seno los catequistas, hacen su propia contribución. El Espíritu ha querido asociarla a sí, ella es el Pueblo de Dios, la Esposa-Cuerpo de Cristo, su propio Templo. El Espíritu se vale de personas, que dóciles a su inspiración y su gracia, se ponen a su servicio. Bajo su acción graciosa, las capacidades y experiencias humanas, las palabras y los signos que los catequistas realizan alcanzan el corazón de sus destinatarios y son mediación eficaz de la obra de Dios. La Iglesia no es nada más ni nada menos que la servidora del Espíritu; ella con el poder del Espíritu sirve al propio Espíritu.